RELATOS ERÓTICOS



DULCE SEDUCCIÓN

ROCÍO REINA P.

DULCE SEDUCCIÓN

ROCÍO REINA P.
Copyright © 2025 Rocío Reina P.
Primera edición: Julio 2025
Autora: Rocío Reina P.
Correctora: Rocio Reina P.
Portada: Rocío Reina P.
Sello: Independently Published

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión de cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para quienes quieran caer en una dulce seducción.

ÍNDICE

RELATO 1 — GONZALO ..... - 6
RELATO 2 — ADRIÁN..... - 28
RELATO 3 — MIKHAIL ..... - 48
RELATO 4 — SERE ..... - 70
RELATO 5 — BECCA ..... - 85
AGRADECIMIENTOS ..... - 97 SI TE GUSTA ESTE, TE GUSTARÁ... ..... - 101

RELATO 1 — GONZALO

El timbre acababa de sonar hacía como 5 minutos, estábamos esperando fuera del edificio. Había al menos cien personas allí

paradas a mi lado, esperando a saber quién sería su tutor durante ese año.

Me encantaba la cocina, especialmente la pastelería, pero no me caracterizaba por ser buena en ello. La última vez que traté de hacer un triste brownie casi incendié la cocina. Me llevé la mano a la cara al recordar el bochorno que sentí cuando el vecino tuvo que venir a apagar mi fuego y no solo el de la cocina, ya me entienden.

Mordí mi labio y respiré después, muy lentamente y profundo, tratando de calmarme. No iba a incendiar el edificio, o eso esperaba al menos.

Tres personas salieron por la puerta principal y más atrás venía una persona aún más mayor. Supuse en el momento, por el traje de chaqueta que llevaba, que era el director.

El señor en cuestión acabó por colocarse delante de los demás y nos repasó con la mirada uno a uno, se estaba tomando su tiempo desde luego.

Esperó hasta que todas nuestras miradas estuviesen en su cara y nuestras bocas cerradas, tenía algo que imponía, volteé los ojos cuando se me cruzó la retorcida idea de él en su despacho, conmigo encima. La descarté al momento.

No estaba mal, de echo estaba más que apetecible. Debía rondar los cuarenta años, diez años de diferencia tampoco era tanto para pasar un buen rato.

– Soy Sergio, seré vuestro director durante el próximo año, os doy la bienvenida al curso de repostería. Espero no ver a nadie llorando, somos duros y exigentes. Nunca intentéis hacer algo, hacedlo directamente. Aquí los intentos no nos sirven.– Mientras hablaba hice una mueca de desagrado con los labios, donde coño me había ido a meter.

Uno de sus acompañantes dio un paso al frente.

– Yo soy Alejandro, me podéis llamar Alex– la sonrisa que nos dio hizo que más de una suspirase y a otras tantas, estaba segura, que les había fulminado las bragas. No tenía pruebas, pero tampoco dudas de ello.–seré quién os enseñe todo lo referente a higiene en la cocina y a evitar contaminaciones de cualquier tipo en vuestros postres.

Volvió a su lugar y la chica que él tenía al lado, ocupó su lugar.

– Encantada de teneros por aquí, me llamo Alicia y seré la encargada de que salgáis de este prestigioso curso sabiendo como se llama cada cosa, desde el más mínimo ingrediente, recetas, nombres de los utensilios, y además, estaré en cocina con vosotros. Os enseñaré a hacer todas las recetas saladas. Seré la tutora de la mitad de vosotros.

La miré con el ceño fruncido, no iba a retener en mi cabeza mil recetas, ni de coña.

Por último, el otro chico, dio un paso para ocupar el lugar de la profesora, se iban turnando el sitio como churros. Él era más joven que el resto, le echaba mi edad o quizás algún año menos.

– Bienvenidos al curso, soy Gonzalo y seré el tutor de la otra mitad, las clases se dividirán en dos, debido a la cantidad de personas que sois– aclaró al notar que algunas personas se miraban entre sí.– es para hacer que vuestra experiencia y aprendizaje sea mejor. Me encargaré de enseñaros a hacer todos los postres dulces que podáis imaginar.

Volví a mí en el momento que alguien dio una palmada, me había quedado embobada mirando al tal Gonzalo, sin duda tenía el toque. Era un chico moreno, con el pelo corto, pero no lo suficiente, llevaba una pequeña coleta y una barba bien cuidada que cubría su mandíbula. Alguien más empezó a dar palmas silenciosas y solo yo

sabía quién, mascullé una maldición por lo bajo. Era el primer día y ya sabía que Gonzalo iba a ser mi dolor de cabeza y de otra parte preciada de mi cuerpo. No me quejaba en lo absoluto, después de todo éramos dos adultos que sabíamos lo que hacíamos.

Los alumnos nos dividimos en orden de lista, no sabía con quién me tocaba ir, por culpa de la media sonrisa del profesor, me perdí cuando todo el mundo se fue. Era sencillamente maravilloso. Joder, encima el primer día.

Me lamenté mientras subía unas estrechas escaleras, no sin antes preguntar a una señora mayor, hacia donde debía dirigirme. Cuando llegué a mi supuesta clase sentí que esa no era la mía, no supe como, pero lo sentí. Efectivamente.

Después de los quince minutos más vergonzosos de mi vida fui hacia donde la profesora Alicia me indicó, me dio otro presentimiento mientras seguía subiendo escaleras. Se hizo realidad en cuanto vi la espalda del que me había fulminado las bragas en la entrada. Mascullé una maldición por lo bajo y todos se volvieron hacia mí. Pues no fue tan bajo como esperaba.

– Lo siento, me perdí– murmuré entre dientes con una sonrisa tensa.
– ,¿Cuál es tu nombre?– preguntó el moreno. ¿Su voz sonaba más sexy al tenerlo tan cerca o eran imaginaciones mías?
– Ross– me cuadré en mi sitio y lo miré a los ojos.
– Bienvenida, será un año interesante– lo dijo como si tal cosa, pero por el guiño que me dio supe que era más que eso, mucho más.
– No te quepa la menor duda– mi sonrisa picara no tardó en salir, no pude resistirme, ya lo sé.

La mañana pasó sin incidentes más allá de ir en tres ocasiones a echarme agua en la cara. No sabía si me estaba derritiendo por la calor o por ese hombre.

Antes de acabar el día fuimos rotando con los distintos profesores hasta acabar de nuevo en manos de Gonzalo. Cuando entró por la puerta sus ojos otearon toda la habitación hasta que se posaron en mí, más concretamente en mi boca o esa fue la sensación antes de que mi cuerpo se estremeciera. Sonreí ampliamente y luego mordí mi labio de forma muy sutil.
– Chicos, volvemos a vernos– su

sonrisa era de perdonavidas total– iremos a la cocina del edificio para ver cómo se llaman y usan los utensilios más comunes, después de eso, os libero por hoy– el tonito de risa no me paso desapercibido.

Sonreí. No pude evitarlo. El muy cabrón se divertía.

Bajamos a la planta de abajo del todo, al final iba a hacer pierna de tanto subir y bajar escaleras, no podrían quejarse de mi culo bien trabajado después de todo. Negué con la cabeza ante mis ocurrencias, pero en el fondo lo decía enserio, subir y bajar esas escaleras veinte veces al día traería algún beneficio.

Cuando llegamos a la cocina, la profesora con la que me confundí esa mañana estaba saliendo con sus alumnos. Le guiñó a Gonzalo. Fruncí el ceño y alcé una ceja, iba a ser un año interesante, la cosa mejoraba por momentos.

Me daba igual lo que hiciesen, cada quién es libre de usar su tiempo libre como le apetezca. Yo tenia pensado usarlo con Gonzalo encima y dentro de mí en un futuro cercano. No tenía pruebas, pero tampoco ni una jodida dudas.

La cocina era pequeña, lo suficientemente grande para los doce alumnos que éramos, sin tener que estar chocando constantemente unos con los otros.

Así a simple vista pude ver una mensa enorme en el centro, con varias tablas de cortar. Al fondo una estantería enorme llena se

cacerolas y demás utensilios. En un lateral de la habitación había una puerta que parecía de hierro o algún material parecido. Me enteré poco después de que era el frigorífico. Justo al lado tenía un pequeño hueco que hacía la función de almacén. Era una habitación dentro de otra para que me entiendan.
– Empecemos la clase– Gonzalo

empleó un tono algo más duro que el que llevaba usando todo el día.
Media hora pasó sin complicaciones, salvo que una persona no sabía que era un pela papas.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que desconecté de todo, los labios de Gonzalo eran tan apetecibles que me los estaba imaginando por varias partes de mí cuerpo. Aguanté un suspiro que sabía que si dejaba salir iba a llamar la atención de todos los presentes.

– ¿Ross, estás aquí?– preguntó con un deje divertido saliendo de sus labios.
– Estoy muy interesada en la forma que le estaba dando a esta zanahoria– dije juguetona levantando la hortaliza entre mis dedos.

Sonrió. Mis piernas se juntaron aliviando la deliciosa presión.
Me guiñó un ojo.
Las bragas quedaron totalmente fulminadas, si es que antes no lo habían estado.

El muy cabrón sabía lo que estaba haciendo en mí cuerpo y en mi sistema nervioso y estaba disfrutándolo, me mordí el labio sonriendo con una promesa grabada.

Acabamos las clases del día sin ningún contratiempo, pero las sonrisas furtivas, las caricias seductoras cada vez que pasaba cerca de mí y los suspiros de frustración por quererlo dentro y tener tantos espectadores, llenaron cada minuto.

Cuando la clase se dio por finalizada y mis compañeros empezaron a salir me recreé en mi lugar, guardando con parsimonia un par de cosas que saqué al inicio de la clase. Lo estaba haciendo a conciencia, esperando que todos se fuesen.

Mi deseo era tan grande que mi mente voló a fantasías con el encima de mí, sobre la encimera de la cocina.

Unas manos se colocaron en mi cintura desde atrás y volví al mundo real. No me asusté, estaba esperando que hiciese justo eso, sus manos apretaron con la fuerza justa para arrancar un gemido de mis labios. Mis rodillas se sentían como gelatina y tuve que apoyar las manos en la encimera para soportar mi peso y estar firme.

El movimiento al inclinarme un poco hacia delante hizo que me frotase con su miembro sobre sus pantalones, a juzgar por la dureza que pulsaba por salir, llevaba bastante tiempo pensando en esto.
– Eres mala, muñeca – susurró pegado

a mí oído mientras empujaba sus caderas hacia delante, embistiéndome.

– Puedo ser aún peor– ronroneé haciendo suaves y rítmicos círculos con mi culo en su entrepierna.
– Si sigues haciendo eso te voy a subir a la encimera y voy a hacer que supliques que pare– la dulce y sensual amenaza que salió de sus labios hizo que la humedad que tenía entre las piernas fuese aún mayor.

Odiaba con toda mi alma haberme puesto ese día un pantalón corto. El roce que hacía junto a mis bragas se sentía incómodo y al mismo tiempo placentero, contra mi sexo.

Una de sus manos viajó hacia delante, parando en mi vientre bajo, justo a la altura del botón. Lo desabrochó con pasmosa agilidad. Entrecerré los ojos con picardía, era ágil y eso me indicaba que iba a pasarlo jodidamente genial.

Abrí un poco las piernas, dejándole hacer mientras bajaba lo justo la prenda para introducir su mano, sus dedos rozando la tela de mis bragas mientras seguía bajando, buscando mi centro. Cuando lo encontró, gemí en voz alta sin poder ni querer acallarlo.

Sus dedos jugaban libres con mi humedad a través de la fina tela que los separaba, volví a gemir, pero esa vez acabó en un jadeo cuando dos de sus dedos pellizcaron mi clítoris, mandando una corriente de placer directo por mi columna.

– Joder.– mascullé entre dientes.
– Algo me dice que te ha encantado, muñeca – canturreó con un deje ronco en su voz.

Me estaba poniendo como una moto, la temperatura había subido en la habitación o era yo que estaba a punto de arder por combustión espontanea, no me importaba se estaba sintiendo jodidamente bien.

Me mordí el labio para evitar gritar, cuando hizo a un lado la tela empapada y dos de sus dedos se colaron dentro de mí.

– Como sigas así me voy a correr en tu mano– advertí en el momento en que empezó a mover más rápido la mano.

No obtuve respuesta de sus labios, en cambio la velocidad fue incrementando. Dentro. Fuera. Abriendo. Cerrando. Hasta el fondo. Una y otra vez.

Volteé los ojos en contra de mi voluntad y cerré las manos contra el mármol, no pude aguantar más.

El placer llego rápido. Con fuerza. Jadeos. Gemidos.

Una corriente atravesó mi columna por entero, haciendo que mi cuerpo se arquease hacia atrás, buscando más o tal vez tratando de alejarse de tanto placer. Su mano seguía posesiva en mi interior. Los

espasmos de mi cuerpo casi me hicieron caer, de no ser por su otra mano sujetándome y las mías contra el frio mármol.

Sabía lo que iba a pasar a continuación y el solo pensar en ello hacía que un apetito voraz se volviese a instalar en mi sexo, deseoso de más, demandando toda su atención y exigiendo su envergadura.

– Ese gemido ha sido una puta locura – gruñó cerca de mi oído.

No se había movido, seguía anclado a mi trasero. Su respiración se había vuelto más jadeante, más sensual, más deseosa de todo lo que estaba por pasar. La anticipación iba ganando terreno por parte de ambos, flotando en el ambiente.

Hice que sacase su mano de mis pantalones, no sin sentir una protesta de mi sexo, pulsando aún con los restos del orgasmo.

Me giré entre sus brazos y le di una rápida mirada a la puerta, a estas alturas ya me daba igual ser descubierta, de echo me encantaría que la otra profesora nos viese en ese momento. La picardía y diversión brillaban en mis ojos.

Mi mano se movió de forma lenta y perezosa hacia su entrepierna. Me rocé sutilmente el labio con la punta de la lengua, relamiéndome.

Liberé su erección de la prisión en la que estaba y saltó libre, saludándome. Lo acaricié. El calor que irradiaba me dejó claro que estaba más que preparado para hundirse dentro de mí y hacerme perder la cabeza en un segundo.

Di un pequeño salto y me coloqué sentada sobre la encimera, quitándome los shorts sin dificultad. Abrí las piernas lentamente bajo su atenta mirada mientras y acaricié la humedad que empapaba mis bragas, moviéndolas a un lado para que pudiese ver mi sexo.

Bufó, quedándose a medio camino entre un gruñido y un suspiro mientras envolvió su miembro con su mano, dando un paso hacia

mí.

Lo invité a seguir acercándose con cada roce. Con cada caricia. Llevé mis dedos a mi boca, probando mi propia esencia y eso le bastó para acortar los pocos pasos que nos separaban.

– Eres una diablilla, muñeca, joder me tienes duro como una jodida piedra– masculló antes de atacar mis labios.

Un beso intenso que hambriento. Nos devoramos se volvió en uno sin darnos tregua,

respiramos a duras penas. Nuestras manos por todos lados encima del otro.

Acaricié su miembro una vez más y me recoloqué. Sabía lo que venía. Quería que lo hiciese. Lo necesitaba.

Sin previo aviso me embistió, quedando perfectamente encajado conmigo. Grité su nombre o eso intenté, antes de que me callase intensificando aún más el peso. Cerré los ojos dejándome llevar por el momento. Por el placer.

Esa dulce seducción que llevaba creando durante todo el día estaba a punto de saltar por los aires una vez más.

Dentro. Fuera. Fuerte. Dentro. Fuera. Placer. Me embistió con fuerza, no tenía intención de dejarme asimilar el placer, pero tampoco lo necesitaba, un nuevo orgasmo se construyó en mi bajo vientre mientras gemí contra sus labios una y otra y otra vez.

Mi cuerpo chocando contra la pared mientras nos movía de forma firme y rítmica, decidido a sacar hasta la última gota de placer de mi cuerpo.

– Gonzalo…– gemí su nombre sin poder controlarme.
– Ahora voy a hacer que te corras conmigo dentro – masculló

exigente.
– Joder, sí– no tenía objeción alguna a lo que dice.

Empezó a errar un poco en sus movimientos, eso ya me dio indicios de que él estaba también al límite, esperando a vaciarse en mi interior cuando yo estuviese lista, cuando lo apretase dentro de mí, un nuevo orgasmo me atravesaría.
– Quiero que te corras conmigo–

ronroneé a modo de petición, de súplica.
– No me lo digas dos veces– gruñó.

Su voz era lo que me faltaba para volver a caer en el abismo de otro nuevo orgasmo. Sentí como si estuviese a punto de partirme en dos, era tan fuerte la corriente que me recorrió, que mi cuerpo temblaba sin control. Choqué contra la pared. No me importaba.

Mi nombre salía de sus labios con un gruñido y fue el preciso instante en que empecé a sentir su esencia derramándose dentro de mí. Un escalofrió me recorrió una vez más. Se sentía jodidamente increíble.

Nuestra respiración jadeante y alterada comenzó a calmarse después de unos minutos en los cuales su frente había estado apoyada en la mía. Salió lentamente y me guiñó un ojo mientras se subía el pantalón, no me había fijado en que no llevaba nada más a parte de eso.

Me limpié bajo su atenta mirada con unos pañuelos que traía en mi bolso y me levanté de un salto, logrando quedarme estable, con las piernas aún flojas. Sonreí de medio lado, socarrona, pero no dije nada. Acabé de vestirme y me encaminé hacia la puerta sin que el pudiese despegar sus ojos de mis curvas. Me encantaba sentir el deseo en su mirada.

Abrí la puerta y lo miré a los ojos, sin perder mi sonrisa ni un solo segundo.

– Nos vemos mañana, profesor– dije con retintín.
– Nos vemos mañana, alumna– respondió socarrón también.

Había sido una auténtica pasada y me reafirmé cuando dije que ese año iba a ser interesante después de todo.

RELATO 2 — ADRIÁN

Suspiré echando mi larga melena hacia atrás, con las prisas y el ajetreo para no perder el tren, se me había puesto pelos de loca. Me lamenté y maldije por lo bajo antes de sacar un pequeño espejo del bolso, siempre iba conmigo a todos lados. Me retoqué mientras el tren seguía avanzando.

Miré el reloj. Genial, si todo iba bien en dos horas y media llegaría a mi destino. Me encantaba leer y a veces cuando me podía permitir una escapadita, me iba a eventos literarios, allí siempre podía encontrarse auténticos tesoros y no solo hablaba por libros. Sonreí de medio lado.

Me reacomodé en mi asiento para no marearme y cerré los ojos después de ponerme un poco de música con los auriculares. Estaba tan inmersa en ella que no noté cuando el tren hizo una parada para recoger a más pasajeros, había dos paradas más por lo menos.

Un ruido externo que apenas pude oír, me hizo abrir un ojo, alcé la ceja al ver a un chico ahí, de pie, con una maleta de mano, impaciente por sentarse.

Sonreí perezosa. Ups.

Me moví un poco, lo justo para que pasase por delante de mí, no sabía que me llamaba más la atención, que nuestros cuerpos no se hubiesen rozado a pesar de haber poco espacio entre los asientos de delante y los nuestros, o que al pasar había decidido ponerme su paquete a escasos centímetros de la cara.

Me relamí golosa y cuando se sentó volví a colocarme como estaba, con los ojos cerrados. Me estaba preguntando si había hecho bien en salir con vestido de mi casa, porque la temperatura fuera no acompañaba y estaba empezando a pensar que había sido una buenísima idea.

Una caricia me hizo dar un leve respingo, pero no abrí los ojos, sabía de quién venía. Sonreí sintiéndome un león que estaba a punto de jugar con su presa para después comérsela. Ñam.

La caricia se sintió como si quemase mi piel, como si estuviese incendiando poco a poco el rastro que dejaba a su paso. Me mordí el labio y cerré un poco más las piernas entre sí. De mi brazo pasó a mi muslo, descubierto. Seguía sin moverme.

De pronto acabaron las caricias y sentí mi sexo protestar, ávido de más, abrí el ojo izquierdo y miré hacia la fuente de mi repentina frustración. Ahí me estaba esperando el chico al que le di paso, alzando una ceja en mi dirección, una sonrisita canalla abriéndose paso.

Vi que movía los labios, pero no escuchaba lo que decía. Me quité un solo auricular.

– ¿Estás bien? Tu respiración se oye entrecortada– dijo fingidamente preocupado.
– Podría estar mejor– promesas sucias quedaban implícitas en mi tono.
– Puedo hacer algo para remediarlo entonces– no era una pregunta, era una afirmación.
Mi cuerpo volvió a encenderse y esa vez el calor se sintió asfixiante, tanto que dolía. Su mano se acercó peligrosamente a mi muslo de nuevo y como antes, no lo impedí. Miré a mi lado y oteé los asientos cercanos, justo al otro lado del pasillo había dos hombres con trajes, supuse al instante que iba de viaje de negocios. Uno de ellos tenía el

teléfono pegado a la oreja y distinguí pocas palabras de lo bajo que hablaba.

– Me llamo Adrián, encanto– susurró a mi oído.
Jadeé. No me había dando cuenta en qué momento se había acercado a esa distancia.

– Ross, prefiero que gimas mi nombre– dije en respuesta burlona a su apodo tan poco acertado.
– Eso, una vez más, puede arreglarse– dijo él, tentador.

Cabeceé sin perder mi sonrisa, era un auténtico canalla y adulador. Debía tener a las mujeres a sus pies y conmigo pensaba que sería igual. Quizás no se equivocaba del todo, al menos durante un rato mientras lo pasásemos bien.

Su mano levantó un poco más el vestido. Su abrigo fue a parar a mis piernas y entrelacé mis manos sobre mi abdomen. Dejándole hacer y disfrutando de cada toque. Seguía subiendo.

Sus dedos estaban a punto de tocar la zona donde deberían estar mis bragas. El vestido era tan pegado al cuerpo, que cualquier tipo de ropa interior hubiese quedado marcado y no quería que se viese feo. No me puse nada.

Acarició mis pliegues. Me miró abriendo un poco más los ojos, impresionado. No se esperaba eso para nada. La sorpresa abandonó sus facciones tan pronto como aparecieron. Su mirada llena de malicia y picardía me saludaban en cambio.

Acarició con tanta lentitud y parsimonia mi monte de venus, que me moví un poco, queriendo guiarlo, sin éxito a otro punto que estaba clamando por atención.

– No seas impaciente– susurró en mi oído.
– No lo sería si me dieses lo que necesito– respondí en un siseo

bajo.
– Así que exigente, eso me gusta– dijo satisfecho.

Volteé los ojos y abrí la boca para responderle. La cerré sin emitir palabra, apretando los labios entre sí, convirtiéndolos en una fina línea. Uno de sus dedos había bajado a mi clítoris y la caricia se había sentido tan jodidamente increíble, que estuve a punto de gemir.

Miré de reojo al otro lado del pasillo. Los hombres de traje seguían a lo suyo, sin saber o tan siquiera sospechar lo que estaba pasando y lo que quedaba por venir a este lado del vagón.

Ladeó la cabeza y mi mirada conectó con la suya, me volvió a guiñar un ojo.

Volví a humedecerme el labio y dos de sus dedos esparciendo mi considerable humedad, haciendo que el tacto con mi clítoris se hiciese aún más sensible. Cerré las piernas alrededor, no supe muy bien para qué, si para que siguiese o para que parase.

Me torturó. Suspiré. Siguió con su juego. Lo miré fingidamente mal.

Parecía leer mi mente cuando me recliné un poco más y bajó mi cuerpo en el asiento. La postura no era muy cómoda, pero me adapté bien.

Sus dedos se colaron de una sola embestida en mi interior, reprimí no sabía de que forma, el salto que estaba a punto de dar. Me coloqué una mano en la boca de forma disimilada y moví mis caderas en círculos suaves, lentos, perezosos. Buscando extender y alargar el placer de cada movimiento que hacía dentro y fuera de mí. Sus dedos hacían su magia.

Se reclinó más sobre mí y nuestras caras quedaron a escasos centímetros. No lo pensé. Actué.

Mis labios impactando contra los suyos en un beso ardiente, lleno de promesas sucias que estaba dispuesta a cumplir. Nos separamos poco después. Debía parecer una bola del árbol de navidad. Roja. No por vergüenza, a estas alturas de mi vida no sabía que era eso. Solo tenía algo claro, hacía lo que quería, cuando quería y donde quería sin que me importase la opinión de los demás. Sin reprimir mis instintos más básicos y perversos.
– Encanto, estas jodidamente mojada–

susurró de nuevo.
– No me digas– ahogué una risita.
– Mm…– ronroneó en respuesta

mientras sus dedos seguían con el asalto.
– Me estás matando – gemí bajo.
– Lo sé– su sonrisa se ensanchó.
– Hijo de…

Mis palabras volvieron a morir en mi boca cuando llegó al fondo y los abrió un poco. Apreté con fuerza el brazo del asiento y sentí cómo mis uñas se clavaban un poco en él.

Volvió a repetir el mismo movimiento.
Una. Dos. Tres veces.
Embestidas. Dentro. Fuera. Más fuerte. Más profundo.

El ritmo que marcaba era casi demencial. Rápido. Tortuoso. Mi cuerpo se sentía como si estuviese a punto de prender como una cerilla.

De pronto paró. Sacó sus dedos de mi interior y jadeé en protesta. Quería más. Mucho más.

– Quiero que te corras de otras formas, encanto– gruñó antes de llevarse los dedos a la boca.

Mi mirada brillando presa de la lujuria al ver eso.

– Voy al baño– dije en un tono tan bajo que solo el fue capaz de oírlo.
– Después de ti– dijo burlón, su voz más ronca, cargada de deseo. Me levanté recolocándome el vestido y me giré para echarle una mirada, le guiñé un ojo y con paso decidido fui al baño. El deseo era tan grande que notaba el delicioso dolor de la anticipación en cada parte de mi sexo, ávido por sentir su miembro duro y caliente dentro.

Al entrar cerré la puerta, o al menos esa era la intención antes de que una mano me lo impidiera, agarrándose al marco.

Sonreí de medio lado mientras negaba. Chistó para que me callase y obedecí.
– Si alguien te ha visto…

No me dio tregua, sus labios devorando los míos antes de que acabase la frase, este hombre no me dejaba hablar y eso me encantaba.

Un beso húmedo y caliente que hizo que un escalofrió me recorriera el cuerpo de pies a cabeza, centrándose en una zona. Me giró sin previo aviso, brusco.

Me reclinó sobre la pared del pequeño cubículo y me levantó el vestido desde atrás. Acarició mi culo para después darle una nalgada. Eso me encendía aún más. Eta tan jodidamente sexy que un gemido se escapó de mis labios y no hice nada por retenerlo, tampoco quería hacerlo de todos modos.

– Joder, encanto– masculló acariciando la zona, repitiendo el roce. Una. Dos. Tres. Cuatro nalgadas siguieron a la primera.

Mis piernas se cerraron entre sí para tratar de aliviar la presión, pero Adrián tenía otros planes. Colocó su pierna entre las mías y me lo impidió. Oí el zip de su pantalón bajar y al segundo siguiente sentí su miembro duro rozando mi culo.

Jadeé al sentir su tacto caliente y cómo se iba moviendo lenta y peligrosamente hacia mi entrada.
– No grites – ordenó.

Me embistió hasta el fondo con fuerza. Llenando cada rincón de mi ser. Abriéndome por completo para él. Mi sexo lo abrazaba con fuerza. Suspiré de alivio, eso era exactamente lo que necesitaba y pedía a gritos silenciosos.

– Maldita sea, estas tan jodidamente mojada y estrecha para mí– masculló en un gruñido ronco.
– Muévete – supliqué cuando pasaron unos segundos y seguía enterrado dentro.
– Tus deseos son ordenes, encanto– dijo antes de salir casi por completo y volver a deslizarse hasta el fondo.

Gemí su nombre con la voz entrecortada y sentí como mis ojos se voltearon un poco al sentir la corriente de placer. Joder. Me iba a matar en una de esas.

Las embestidas que vinieron después de esa marcan un ritmo que me hacía perder la cabeza. Cada una se sentía mejor que la anterior.

Dentro. Fuera. Nalgada. Movimiento circular. Y vuelta a empezar.

Me agarré como pude, sin éxito, a la pared mientras el agarraba mi cintura con fuerza para mantenerme justo en el sitio que quería. Me moví contra él, buscándolo. Encontrándolo.

Las embestidas se hicieron más profundas, de una forma que ni yo misma sabía como acaso era posible. Lo único que pude hacer fue gemir y jadear. Cualquier idea vaga de hablar se había evaporado de mi cabeza.

La manija de la puerta se movió. Nos quedamos inmóviles por un momento y contuvimos la respiración. Me moví lentamente contra él. Marcando un ritmo mucho más lento y torturador. Si nos descubrían

allí nos harían bajar y nos pondrían una multa por escándalo público. No me podía importar menos en el punto en el que estábamos.

La manija volvió su posición inicial y suspiramos aliviados, yo más, de placer. El se quedaba quieto mientras yo me movía.

Volvió a salir de mí. Me giró con los ojos entrecerrados.

– Ven aquí– señaló sus piernas cuando se sentó en el váter.
– Eres un maldito bastardo– mascullé con una mezcla de diversión y anhelo.
– Me lo dicen mucho– rio entre dientes.

Alcé una ceja, pero no dije nada. No me interesaba lo que hiciese con su vida. Solo me interesaba lo que sucediera en ese momento.

Me coloqué a horcajadas sobre él. Agarrando su miembro con una de mis manos. Lo masturbé un poco, lo justo antes de hundirlo en mi una vez más.

Deje caer mi cabeza hacia atrás mientras me agarré a sus hombros para impulsarme un poco. Sus manos viajaron a mi culo y lo apretó. Ayudándome a subir y bajar.

El vestido para ese momento me llegaba más arriba de la cintura. Me seguí moviendo mientras lo seguía subiendo y lo saqué por mi cabeza, quedo completamente desnuda delante de él. Le gustaba lo que veía. Lo deseaba.

Mi pezón quedó atrapado en su boca al instante.
Lamió. Mordió. Chupó. Torturó.
– Muy dulce, encanto– masculló.
El mismo volvió a marcar el ritmo mientras sus embestidas se hicieron más duras. Más salvajes.

Giré mis caderas sobre él cada vez que se enterraba hasta el fondo, haciendo que tocase cada mísero hueco que encontraba. El placer se

disparó.

Sentí el momento exacto en que el orgasmo se construyó en mi bajo vientre, sintiendo que iba a explotar en cualquier momento.

Yo lo sabía. Él también. Mordió mi pezón y me perdí. Caí al vacío oscuro. Seguí cayendo mientras lo montaba con movimientos erráticos. Mi cuerpo temblando sobre el suyo y lo apreté con fuerza. Ese fue el pistoletazo de salida que necesitó para empezar a correrse también.

Me llenó. Se vació. Gemí. Gruñó.

Nuestros cuerpos se volvieron uno hasta que los dos dejamos de movernos. Presos del placer y saciedad. Joder, que bien se había sentido.

Con la respiración alterada todavía, nos miramos a los ojos y dos sonrisas se abrieron paso en nuestras caras. No había estado nada mal.

– Ha estado bien, eh– dijo socarrón exteriorizando mi pensamiento.
– No te lo creas tanto – me burlé volteando los ojos sin perder la sonrisa. Poco a poco me fui levantando y sintiendo escalofríos mientras salía de mi interior. Su líquido espeso. Blanco. Goteando sobre él, a medida que salía de mí del todo. Me llevé la mano a mi centro y esparcí su esencia lo justo hasta que dejó de salir.

Eso le encendió la mirada. Lo noté.

Pasamos el resto del viaje encerrados en el baño, no se cuantas horas pasaron, si una o media, pero lo pasamos de escándalo. Luego supe que se bajaba en la misma para que yo y me sorprendí más al saber que era uno de los escritores que estarían en el evento.

El fin de semana entero iba a ser muy divertido. No tenía pruebas, pero tampoco dudas.

RELATO 3 — MIKHAIL

Hacía como una semana me llegó una invitación de despedida de soltera de una de mis mejores amigas, diciéndome que por fin había sentado cabeza y que sus tiempos de soltera habían llegado a su fin. Cuando me lo dijo me reí con ganas, pero al ver que no me decía que era broma, mi cara debió parecer un poema. Era de las pocas que quedaba soltera, todas mis amigas se estaban casando.

Decidí que iría y por los viejos tiempos mínimo nos emborracharíamos. Y por eso una hora antes de ir a la discoteca de la fiesta, a prisa y corriendo, me puse un vestido negro de brillantes que dejaba poco a la imaginación y unos tacones altos y de aguja. El conjunto era explosivo y quién sabe, a lo mejor había alguien dispuesto a quitármelo. Me terminé de maquillar y hacerme los rizos. Salí corriendo a coger un taxi, que debía estar esperándome fuera desde hacía unos dos minutos.

Las luces del local me estaban dejando completamente ciega, varios chicos hacían cola en la entrada, sus ojos no se movían de mi cuerpo y eso hizo que me sintiese poderosa mientras pasaba por alto y le guiñaba al portero, un antiguo ligue mío con el que a veces pasaba el rato. Me recoloqué los pechos y mordí sutilmente mi labio antes de perderme dentro.

Me encaminé a la barra a por una bebida antes de reunirme con las chicas, seguramente estaban con un pobre stripper bailándoles, no sabía en que se había metido estando rodeado de todas ellas. Me reí para mis adentros, pero no pude evitar sonreír al imaginarme la escena. Yo incluso era peor que todas juntas.

Vi a varias chicas corriendo de un lado para otro dentro de la barra y un par de chicos más al fondo. Estaba todo hasta los topes.

Fruncí el ceño al sentir un leve roce en el culo. No le di importancia hasta que el roce se volvió un agarre posesivo. Giré la cabeza lo

justo para ver de quién se trataba y la chispa se encendió en cuando lo vi.

– Hola, princesa. Cuanto tiempo.– gritó

Mikhail por encima de la música.
– No pensaba verte aquí – grité
olvidándome de pedir la bebida, tenía algo más
interesante a lo que prestar atención.
Quizás la noche no iba a estar tan mal después de todo. Incluso podría llegar a beber de otro lado. Me humedecí el labio inferior al tiempo que me giraba por completo.

Llevaba una camisa con un par de botones desabrochados, unos vaqueros y unos zapatos de vestir. Estaba jodidamente guapo.

Me agarró de la mano y tiró de mí, dirección a la calle o a los baños, ya lo descubriría llegado el momento. Me mordí el labio y lo seguí sin rechistar, una sonrisa pícara se instauró en mi boca.

– Cuando me invitaron a una despedida de soltero no pensé encontrare aquí– dijo con una sonrisa de medio lado, acorralándome contra la pared que estaba en el pasillo de los baños, efectivamente.
– Yo también vine a una despedida, que gran casualidad– ronroneé bajando la mano a su entrepierna y rocé sutilmente por encima del pantalón.
– Una muy buena – concedió mientras se apretaba más contra mí, haciendo que sintiese su dureza.

Agradecía no tener que gritar por encima de la música más de lo debido, en esa zona hacia efecto estéreo y permitía tener una conversación más o menos decente.

La gente pasaba por nuestro lado, y algunos nos miraban con recelo, mientras otros nos veían con esa pizca de deseo y lujuria impregnando sus ojos. Apreté las piernas entre sí, sintiendo un alivio

momentáneo ante la magnitud de excitación que me recorría el sexo.

Su mano bajó a mi muslo y coloqué al instante la mía sobre ella, parándolo suavemente.

– Como alguien avise a los de seguridad te voy a hacer pasar un mal rato– ronroneé acercándome a su oído.
– Podré cargar con ello– bromeó y se liberó.
– Mikhail…– advertí, pero ni yo me lo creía, como parase si que se lo iba a hacer pasar mal.
– ¿Estás mojada, princesa?– preguntó en ese tono seductor que tan caliente me ponía.

No me dio tiempo a responderle de forma ingeniosa, sus labios capturaron los míos con rapidez, me estaba devorando y yo no me iba a quedar atrás.

Mis manos fueron a su nuca, tirándole suavemente del pelo mientras intensificaba el beso. Su mano que se había vuelto a colocar en mi muslo, subió hasta llevar el vestido consigo, dejándome casi expuesta a las miradas indiscretas, la llama en mi interior para ese punto estaba desatada, me quemaba y quería arder con él dentro de mí.

Me agarró ambos muslos y me levantó sin esfuerzo, caminando hacia algún lugar del que no tenía ni idea, supuse que pretendía meternos en el baño. Me equivocaba.

Mi espalda chocó contra algo solido que tardé poco más de tres segundos en saber que se trataba de una puerta. Entramos y se separó de mí lo justo para respirar, recomponerse, mientras jadeaba con fuerza.

– No te muevas de aquí– su voz bajó una octava mientras de dejaba sobre una pequeña mesa de metal.

– No pensaba hacerlo– mi voz salió todo lo seductora que pude, el deseo me estaba consumiendo.

Miré a mi alrededor mientras se giraba y se dirigía a la puerta. Era una especie de despacho, pero al mismo tiempo parecía un trastero pequeño o habitación de limpieza no sabría decirlo con exactitud.

Cerró con más fuerza de la necesaria y echó el pestillo. Fruncí el ceño un segundo, pero cuando se giró y noté su dureza, que pugnaba por salir o estallar los pantalones, sonreí con lascivia.

– ¿Dónde estamos?, cielo– pregunté mientras me recostaba un poco hacia atrás, abriendo mis piernas lentamente sin apartar mis ojos de los suyos.
– En el cuarto de limpieza, suelo venir a esta discoteca y me la conozco como la palma de mi mano– silbó entre dientes al notar mi movimiento.
– Así que ¿Sueles traer a tus ligues a fallártelos aquí?– pregunté, aunque no me importaba una mierda, no teníamos exclusividad, experimentábamos nuestros cuerpos con quien quisiéramos.
– Alguna que otra, ¿Celosa?– la chulería en su voz me hizo alzar una ceja mientras negaba lentamente.
– Era simple curiosidad– el vestido se fue levantando lentamente hasta que dejé de abrirme y se quedó casi a la cintura.

Sus ojos se fueron directos a ese punto que había quedado descubierto. Estaba completamente expuesta para él, el metal bajo mi cuerpo enfriaba un poco la ebullición interna que tenía.

Agradecí mentalmente no haberme puesto ropa interior. El vestido hacía que se notase el pliegue y no me gustaba nada así que opté por ir un poco al aire. Le guiñé mientras me relamía.

Fue avanzando como un depredador a punto de cazar a su presa, su respiración que se había vuelto más acompasada, volvió a alterarse con cada paso.

Mis dedos fueron a mi punto más sensible, bajo su atenta mirada, y gemí echando la cabeza hacia atrás. Al segundo siguiente lo tenía arrodillado delante de mí. Me sentía poderosa. Me sentía deseada y venerada.

Sus manos se anclaron en mis piernas y me arrastraron sobre la mesa hasta dejarme al borde completamente. Tras colocarse entre mis muslos y dejar mis piernas reposar encima de sus hombros, sin permiso, sin esperar más, hundió su cara en mi sexo, bebiendo de mi excitación, devorando cada centímetro de piel expuesto y sensible. Un escalofrío me recorrió de arriba a abajo y mi mano fue a su cabeza, tratando de atraerlo más, siempre buscando y necesitando mucho más de su lengua.

Entraba y salía con toques rápidos y precisos de su lengua. Gemí. Ese gemido largo hizo que todo ardiera por completo.

Mordía. Succionaba. Lamía. Una. Dos. Tres veces más.

El ritmo que marcó se me antojaba un castigo, cada vez que estaba a punto de correrme paraba unos segundos y la frustración me invadía , pero desaparecía tan rápido como venía cuando volvía a marcar ese ritmo que me estaba volviendo loca.

– No quiero que te corras aún– ordenó separandose el tiempo justo.
– No se cuanto pueda aguantar– me lamenté.
– Cuando yo te diga ya– claudicó y me mordí el labio con un poco más de fuerza de la necesaria.
– Por favor…– supliqué entre jadeos inconexos.

Siguió con su ataque. Estaba hambriento de mí y yo de él. Me moría de ganas de que llegase mi turno y probarlo. Me relamí.

Sus manos intensificaron el agarre en mis piernas. Me iba a dejar marca, pero no me importaba, me calentaría cada vez que las viese.

– Ya, princesa. Córrete para mí– masculló entre dientes.

Mordió con suavidad mi clítoris y eso fue el pistoletazo de salida para llegar al clímax más brutal y salvaje que jamás había alcanzado. Mi cuerpo temblaba contra su boca. Él no paraba, seguía absorbiendo mi placer.

Tiré de su cabeza. Acercándolo. Alejándolo. No me quedaba claro que quería.

Se separó al poco tiempo. Dejándome inmersa en un estado de saciedad, pero no estaba completa, necesitaba mucho más de él.

Me bajé de la mesa con dificultad y me dejé caer de rodillas delante de él. Lo miré a los ojos relamiéndome, pidiéndole permiso, un solo asentimiento hizo que el deseo volviese a despertar de su letargo momentáneo.

Lo empujé para que se apoyase en la pared junto a la mesa y bajé su pantalón con premura. Sus calzoncillos lo siguieron un segundo después, haciendo que su erección saltase a escasos centímetros de mi cara. Me relamí golosa, sabiendo y reconociendo lo que iba a degustar y que tantas veces había hecho anteriormente.

No lo hice esperar y, sin apartar mis ojos de los suyos lo acogí en mi boca casi por completo. Se sentía caliente y suave al tacto. Gemí cuando me agarró del pelo, destrozándome del todo los rizos y me daba igual. Tiró ejerciendo la fuerza justa para que lo engullese hasta el fondo.

Mi manos acompañaba los movimientos de mi boca todo el tiempo sin perderme sus caras y jadeos.

Sentí como palpitaba en mi paladar cada vez que lo acogían entero. Lamí. Gruñó. Gemí. Marqué un ritmo más rápido cuando le vi apretar la mandíbula.
Subía y bajaba por su longitud sin descanso. Rápido. Lento. Torturador.

Supe el momento exacto en que se iba a vaciar dentro de mí y ahí estaba yo para absorber cada gota de su placer.

– Ross… joder– masculló al tiempo que se impulsaba contra mi boca.

Se hinchó y comenzó a bombear su esencia en mi garganta mientras seguía chupando y absorbiendo lo justo. Tragándome cada gota de su esencia.
– Echaba de menos esto– sonrió de

medio lado, agitado.
– Sabes donde está mi casa– ronroneé
mientras con el dedo índice limpiaba los restos
que quedaban en la comisura de mis labios y lo
chupaba delante de él.
– Me estás provocando– masculló
haciendo que me levantase.
– Puede ser– me hice la tonta, aunque
de eso no tenía nada.
– A las princesas malas como tú, las
castigo– susurró cerca de mi oído.
– Me gusta que me castigues– mi mano
fue a su pecho, quitando lentamente los botones
de la camisa.
– Eres una avariciosa, no tienes
remedio– rio de medio lado.
– Si ya lo sabes, para que me ilusionas–
volteé los ojos con diversión.
Dejé que subiera mi vestido por encima de mi cabeza. Mi cuerpo estaba completamente desnudo a excepción de los tacones que aún llevaba.

Se relamió y llevó su índice a mi pezón derecho. Acariciándolo lentamente, dándole golpes suaves que me hacían estremecer.

– Todavía no he acabado– dijo bajando a mis labios. El beso fue corto, pero cargado de intenciones.
– Si lo hubieses hecho me decepcionarías, se que puedes hacer mucho más– apremié casi sin paciencia mientras cerraba los ojos.

Cada pequeño golpe enviaba una corriente de placer a través de mi espalda.

Capturó el otro con su boca, succionando y dándole pequeños toques con la lengua, se sentía caliente al roce.

Mordió. Chupó. Succionó. El ritmo comenzaba a subir en intensidad.

Gemí como si la vida me fuese en ello. Mi cuerpo no debía estar echo para soportar tanto placer. Nos movió lentamente hasta que quedó sentado en la mesa metálica.

Me agarró de las piernas y me subió sin dificultad a su regazo. Me agarré de sus hombros mientras el seguía con su invasión en ambos pechos.

Comencé a frotar mi sexo con su dureza sin llegar a introducirla en mi interior. Sus manos estaban firmes, pero relajadas al mismo tiempo, ancladas a mi cadera. Subí un poco más y acaricié con la punta de mis dedos su miembro, haciendo que se encogiese sobre sí mismo.

Mordí mi labio, cuando a los segundos, sentí la fuerte nalgada. Temía comenzar a arder por combustión espontanea.

Hice firme mi agarre y jugué con él, torturándolo, haciéndolo entrar un poco y luego salir. El gruñido de advertencia me hizo reír entre dientes, risa que se vio cortada de golpe cuando mordió mi zona sensible y un gemido largo y ahogado escapó de mi boca.

No lo vi venir. Sus manos ejercieron la fuerza justa para hacerme bajar cuando volví a introducirlo un poco dentro de mi sexo. Estaba

tan mojada que no sentí ninguna molestia. Lo engullí por completo gritando su nombre del placer inmenso que sentí.

Se movió para atrás, liberando al fin mis senos y sin soltarme, el ritmo lo marcó el. Ayudándome a subir y bajar por su enorme y caliente miembro.

A veces rápido. A veces lento. Torturándome. Saciándome al mismo tiempo.

Me volví a agarrar de sus hombros, me empalé con fuerza y comencé a mover mis caderas con rapidez una vez estuve llena de él por completo. El siseo que salió de sus labios hizo que se me erizara la piel.

Dejó el juego de lado. Ambos lo hicimos. Jadeando. Sudando. Disfrutando.

Sentía cada vez más cerca de llegar al clímax por segunda vez en tan poco tiempo y me estaba sintiendo enloquecer.

– Joder, princesa, masculló.
– Solo por ti– gemí.
– Quiero que te estás empapada–

corras conmigo– espetó entre dientes mirándome fijamente a los ojos.

– No puedo más– me quejé con un jadeo.

Se movió mucho más rápido. Más salvaje. Noté el momento en que se comenzó a hinchar y expandir dentro de mí. Eso hizo que por segunda vez perdiese la cordura esa noche. Grité con todas mis fuerzas su nombre mientras me corría.

– Joder…– gimió mientras me apretaba contra sí y seguía moviéndose, vaciándose en mi interior.

– No puedo más– repetí jadeando mientras sentía su líquido caliente y espeso inundar mi interior. Mi sexo se contraía con cada ráfaga.

Apoyé mi frente con la suya, tratando de calmarnos ambos, la respiración aún acelerada. Saciados, aunque no del todo.

– Eres increíble– dijo con adoración en su tono.
– Lo sé – reí entre dientes.
– Y encima, modesta– rio conmigo. Me levanté con su ayuda, haciéndolo salir y sintiendo como su esencia bajaba lentamente por mis muslos. Mis dedos fueron a la zona y recogieron lo que escapaba para luego meterlos a mi boca y saborearlo. Saborearnos a ambos.

Me esparció lo que quedó con sus manos por todo mi sexo y piernas, quería que oliera a él. La noche solo acababa de empezar. Nos fuimos con nuestros respectivos amigos y me enteré después, que el novio de mi amiga, era el dueño de la discoteca y mejor amigo de Mikhail, que de vueltas daba la vida. El novio estaba en la zona vip y nosotras por petición de mi amiga, en la pista.

El resto de la noche la pasamos entre copas, risas, seducción y alguna que otra mirada furtiva llena de promesas que más tarde cumplió con creces. Varias veces para ser precisos y volvería a repetirlo mil más.

RELATO 4 — SERE

Levantarme temprano para irme a coger un avión había sido un suplicio, teniendo en cuenta que dos noches atrás casi no había pegado ojo por varios problemas que teníamos en el trabajo. Suspiré arrastrando la maleta con la poca fuerza que me quedaba. Si no me sentaba y estaba un rato relajada iba a empezar a arrancar cabezas a diestro y siniestro. Algo que poca gente sabía de mí era la mala hostia que me entraba en el cuerpo cada vez que no dormía.

Cuando tocó pasar el control, el simpatiquísimo guardia (ironía pura y dura), me hizo tirar la botella de agua a medio acabar que tenía en la mano. Volteé los ojos, pero le hice caso, prefería perder dos euros a casi doscientos que había costado el vuelo.

Fui buscando una máquina expendedora por todo el camino hasta llegar a la zona de embarque y menos mal que encontré una. Compré un sándwich y una botella de agua, ese sería mi desayuno más que saludable.

Saqué el teléfono del bolsillo del pantalón y de repente empezaron a aparecer mensajes entrantes. Vi que varios eran de Sere, el enfado comenzó a remitir de forma considerable. Cada vez que hablaba con ella se instauraba en mi un alivio y calma instantáneos para los cuales aún no tenía explicación. Sonreí.

Me preguntaba si ya había llegado al aeropuerto y decía que ella estaba ya casi para montar en el avión. Hacía unos meses tomamos la decisión de hacer un viaje juntas y así vernos, pues las veces que nos veíamos al año eran contadas, pero qué veces. Mordí mi labio inferior con sutileza.

El lugar seleccionado fue Vigo, un pequeño y pintoresco pueblo del norte de España, situado nada más y nada menos que en Galicia. Íbamos a ir a ver las luces y un mercadillo que tenían en navidad, todo el mundo hablaba maravillas de ellas y nosotras no podíamos quedarnos sin corroborar eso.

Habíamos elegido una habitación en el hotel más cercano, económico y con mejores reseñas, que se encontraba a pocos minutos andando del mercadillo.

Le respondí brevemente deseándole suerte en el viaje, pero ya no le llegaban los mensajes, debía haber puesto el teléfono en modo avión. Suspiré y me estiracé un poco en el asiento de la zona de espera. Había muy poca gente para la que debería haber en un aeropuerto, pero tampoco me importaba mucho.

Me encogí de hombros y media hora después de acabar mi sándwich llamaron por megafonía para ir a embarcar, respondí un par de mensajes de mis amigas y puse el teléfono en modo avión yo también.

Busqué mi asiento una vez entré en el avión y por suerte o por desgracia iba sola. En cierta forma lo agradecía, porque tendría un poco más de libertad, pero al mismo tiempo me daba pavor porque odiaba volar con toda mi alma.

La hora y media de vuelo se me hizo interminable. Cuando bajé del avión me faltó poco para besar el suelo que pisaba.

Al salir mi intención era ir al baño para retocarme, no anduve ni cinco pasos cuando unas manos me abrazaron desde atrás. Sonreí de medio lado y me giré ni dejar que me soltase.

– No te he asustado– dijo Sere riendo entre dientes.
– He sabido que eras tu al segundo de tocarme, sino créeme que estarías en el suelo– reí alzando una ceja mientras negaba.
– Vamos al taxi, ven, es por aquí– dijo soltándome la cintura y me agarró de la mano.
– Primero tengo que ir al baño– hice una mueca al pensar en los pelos de loca que debía llevar.
– Si vas a ir a arreglarte, estás perfecta así– espetó leyéndome la mente.
– Venga, vamos, loca– di por perdido el viaje a los servicios.
Se rio abiertamente y le pellizqué el costado, soltando la maleta un segundo mientras le daba impulso y siguiese lo justo mi paso.

Nos montamos en un taxi que nos llevaría a Santiago para coger el tren que iba directo a Vigo.

– ¿Me has echado de menos?– preguntó ella con su típica sonrisa.
– Puede ser– murmuré enigmática con un sutil movimiento de cejas.
– Entonces si no nos vemos hasta dentro de otros seis meses no pasará nada, ya veo.– ronroneó mientras se reajustaba en su

asiento.
– Iría a verte posiblemente– claudiqué.

Se rio y negué mientras volteaba los ojos. Normalmente quedábamos en algún punto intermedio o si íbamos de viaje como era la ocasión.

El viaje en tren a pesar de ser algo más de media hora, se nos pasó volando entre confesiones y risas. El hotel estaba en una calle que era una cuesta la cual parecía no tener fin, situado a unas calles del teatro de la localidad.

El chico de recepción no apartó su vista de mis pechos mientras nos daba las llaves. Le sonreí y mojé mis labios con suavidad. Se sonrojó.

Subimos en el pequeño ascensor y nos bajamos en la planta de arriba, los pasillos eran un tanto estrechos y apenas cabían dos personas una junto a otra, debíamos ir casi haciendo fila.

– Recuérdame coger yo el hotel la próxima vez.– dije mientras aguantaba un suspiro profundo.
– No te quejes tanto, era la mejor opción, y lo sabes.– refunfuñó y al segundo sentí un pellizco en mi nalga.
– Sere… no empieces por ahí o no vamos a ver ningún alumbrado navideño esta noche.– amenacé con un deje de sensualidad en mi voz.
– Mmm… no veo lo malo– ronroneó pellizcándome de nuevo.

Al fin encontré la habitación, estaba casi al final del pasillo. Abrí con rapidez y una vez dentro lancé la maleta a una esquina de la habitación. El portazo a mi espalda no me dio tiempo a reaccionar. Sere me giró con rapidez y sus labios se unieron con los míos en un beso abrasador. Sus manos tocando cada pequeña parte de mi piel que estaba descubierta.

Retrocedí hasta llegar a la cama y cuando la parte trasera de mis piernas tocó el borde, la abracé y nos dejé caer hacia atrás. Se colocó a horcajadas sobre mí, su cuerpo irradiando el mismo calor o más que el mío, si es que acaso eso era posible.

Tiró con fuerza y torpeza de mi top y lo subió lo justo para dejar mis pechos completamente expuestos a ella. Sus manos comenzaron a masajear ambos, haciéndome sentir una corriente de placer. Me arqueé hacia arriba, pidiendo, exigiendo más.

Se separó un poco de mí y gemí ante la sensación de abandono. No tardó en llevarse uno de mis pezones a la boca. Lo mordió con la fuerza justa para no hacerme daño y al mismo tiempo hacer que me humedeciera más de lo que ya estaba.

Succionó una, dos, tres veces. Sentía que iba a explotar a cada instante.

Se bajó de encima de mí y con sus manos ágiles se las arregló para quitar el nudo que tenía en el pantalón de chándal. Intentó bajarlo y la ayudé levantando mis caderas para despegarme lo justo de la cama antes de dejarme a caer de nuevo en el colchón.

Se separó de nuevo para observar mi sexo, acariciándolo suavemente con sus uñas, me removí a causa de las cosquillas y gemí al mismo tiempo.

– Eres preciosa– murmuró en algo parecido a una veneración.
– Siempre me dices lo mismo– silbé entre dientes al notar dos de sus dedos invadirme por completo y sin previo aviso.
– Y estás muy mojada– añadió con obviedad.
– Así me pongo cuando estoy contigo– ronroneé levantando mi mano para acariciar sus rizos.

Sus dedos jugaron dentro y fuera de mi con mucha lentitud, tanta que era prácticamente una tortura. Un movimiento dulce que me estaba consumiendo hasta el alma.

Se quitó el pantalón con rapidez y dejó a la vista un tanga rojo burdeos, completamente de encaje y dejando poco a la imaginación.

Se giró y se volvió a montar a horcajadas, pero esta vez sobre mi boca. Saqué la lengua y a medida que su sexo se iba acercando noté cómo su aliento chocaba contra el mío.

Gemí. Aparté la fina tira y lamí suavemente. Su lengua entró dentro de mi sexo, solo la punta, pero lo suficiente para volverme loca. Agarré con ambas manos sus nalgas, abriéndola para mí, embriagándome de su olor y sabor.

Mordí su clítoris con mucha suavidad y el espasmo que la hizo estremecer me hizo sonreír. Era nuestro punto más débil y placentero.

Marcamos un ritmo salvaje llegadas a ese punto.
Mordí. Lamí. Succioné con fuerza. Gimió. Lamió. Chupó. Mordió. Grité con fuerza.

Mis dedos acompañaron a mi lengua y acaricié lo más profundo que alcanzaba. Mientras Sere gemía sin ningún tipo de pudor ni mucho menos control.

El ritmo aumentó. Más fuerte. Más rápido. Más duro.

Mi bajo vientre se contrajo y noté como ella se encogía encima de mí, frotándose con movimientos erráticos y rápidos al mismo tiempo. Mi cuerpo reaccionando al placer. Subiendo a la cima y sin frenos.

Sus dedos se movieron más rápidos, acompañando a los míos. Noté el momento exacto en que nuestros cuerpos llegaron al clímax, sufriendo espasmos, moviéndonos sin poder controlar ni un solo músculo una sobre la otra. Pasaron segundos o tal vez minutos, no nos importaba nada más en ese momento.

Se colocó a mi lado y le guiñé un ojo mientras tratábamos de que nuestra respiración volviese a la normalidad.

– Joder, nos espera un fin de semana explosivo– afirmó sin lugar a dudas.
– ¿Lo dudabas?– reí acariciando su muslo.

Miré el reloj. Las nueve de la noche. Habíamos quedado con unas chicas del lugar para ir a ver las luces. Me levanté y tiré de su mano.

– Vamos a ducharnos, nos están esperando– alcé una ceja cuando me adelantó hacia el baño.
– No pienso perderme esas luces navideñas.– su energía había florecido de la nada una vez más.
– Esta noche vamos a dormir muy poco– le di una pequeña nalgada.
– Contaba con ello.

Abrió la llave del agua y la puso a una temperatura digna de hervir gambas. Se metió sin más y me señaló con un dedo. Entré con ella.

Después de vestirnos entre risas, miradas lascivas y promesas muy, pero que muy sucias. Salimos en busca del grupito de chicas que nos esperaban calle abajo.

La noche se pasó rápido. Fuimos al mercadillo navideño. Estaba lleno de puestos, luces y mucha gente sobre todo. Cenamos unos paninis por aquí, unos vinos por allá. Antes de acabar la velada nos subimos a la noria, no volvería a subirme en mi vida, pero fue una experiencia hermosa a la par que aterradora.

El hotel fue testigo de las horas de placer que nos dimos ambas. Los gritos. Los jadeos. Los gemidos y sobre todo esos orgásmos arrolladores que nos hacían perder la fuerza y a la vez nos dejaban satisfechas por unos minutos. Sin duda volveríamos a repetir este fin de semana y más pronto que tarde.

RELATO 5 — BECCA

El supermercado a la hora del almuerzo esta a imposible. Casi no se podía pasar entre tanta gente con carros y cruzando por los pasillos como si fuesen los dueños de ellos. Me llenaba de rabia ese tipo de actitud y esa muestra de menos mil de respeto y empatía por los demás.

Becca debía llegar en unas, miré el reloj, dos horas contadas a cuenta gotas. Ella era de un pueblecito abandonado de la mano de dios que se ubicaba en Barcelona. La conocí por redes sociales hacía cuestión de dos años, conectamos muy rápido y desde entonces, aunque no nos hemos visto en persona, nunca ha faltado la llamada caliente por excelencia.

Éramos muy parecidas en todos los aspectos, exceptuando que ella era un minion o un retaco como se llamaba a sí misma. Reí mentalmente ante el apodo y negué casi imperceptiblemente.

Iba a pasar una semana entera en mi casa, y nos íbamos a tener la una para la otra enteras. Quizás alguien más se podía unir a pasar un buen rato. No lo descartaba y sabía que ella tampoco.

Cuando llené mi carro de la compra casi corrí hacia la zona de cajas, dentro de lo posible con tanta gente desde luego. Al ver que en una caja ya casi no había cosa, exceptuando a la persona que estaban atendiendo. Mis ojos hicieron contacto con los de una señora que tenía pinta de ponerse a contar monedas de céntimo solo por joder. Iba a ser que no, mi cielo.

Supimos el momento exacto en que la guerra fue declarada. Me escabullí como pude y entonces si que corrí. Llegué antes que ella por los pelos, me miro mal y le guiñé un ojo a la par que la ignoraba y comenzaba a poner en la cinta mis cosas.

Salí con cien euros me la en la cartera pero con la felicidad y satisfacción por las nubes cuando me gané otra mala mirada de la señora de la carrera.

Tardé casi veinte minutos en montar las cosas en el coche y llegar a casa. La nevera estaba vacía, si entraba un ratón se desconchaba como decían en casa de pequeña, creo que era un dicho popular.

Miré el reloj después de colocar todo y preparar la habitación. En media hora Becca debería estar tocando al timbre, si no se perdía, todo era posible con esta mujer. Me reí pensando en la situación.

Pasaron a penas diez minutos y el golpeteo de unos nudillos me indicaron que estaban llamando a la puerta. Fruncí el ceño, no esperaba a nadie más ese día.

Mi sorpresa fue inmensa cuando detrás de la puerta me encontré a Rachel.

– ¿Qué haces aquí? Pensé que estabas en Malta– sonreí haciéndola pasar.
– Verás… no sabía como decírtelo– comenzó y mi sonrisa decayó lo justo.
– ¿Decirme qué?– insistí.
– Pues verás… Anne y yo… vamos a adoptar– soltó casi de pronto y mi mente tardó unos segundos de más en procesarlo.
– Joder, me has asustado– mascullé.– ya lo sabía, le di la idea a Anne hace unos cinco meses, se os ve bien juntas.

Parecía que mi confesión la había pillado por sorpresa a ella esa vez. A ver quién sorprende a quién.

Estuvimos hablando como veinte minutos y prometiendo salir de viaje el mes siguiente las tres juntas y así recordar viejos tiempo. Ya saben a qué me refiero.

Justo cuando estaba por salir, volvieron a llamar a la puerta. Sonreí porque esa visita si que la esperaba, y con ganas.

Rachel abrió y saludó a Becca con su sonrisa típica antes de despedirse de mí.

– Vaya, que buen recibimiento– dijo con una sonrisa.
– Para ti solo lo mejor, pasa– volteé los ojos indicándole que podía entrar en casa.
– Dame ya un abrazo, pesada– se quejó y casi se tiró encima de mí.

Solté una carcajada y la abracé, cerrando la puerta más fuerte de lo necesario.

Le enseñé toda mi casa y dejé lo mejor para el final. La habitación la íbamos a compartir y no aceptaba otra cosa. Bueno, además cuando la vio se tiró en la cama como un saco de patatas.

– Tengo un hambre que me muero– expresó con un rugido de tripas acompañando sus palabras.
– Hice la compra antes de tu llegar, ¿Te apetece una lasaña?– pregunté con una mueca pensando en qué cosa pre hecha había comprado.
– Sería capaz de comerte hasta a ti– su voz cambió.
– Yo soy el postre, ya lo sabes– ronroneé.

Nos reímos y le guiñé un ojo antes de sacar la comida de la nevera. La puse en el microondas y la dejé ahí a máxima potencia por diez minutos, ¿resultado? Ardía como el infierno, pero estaba deliciosa.

Dimos buena cuenta de la merienda/cena, aunque acabaríamos comiendo más para reponer fuerzas, de eso estaba segura.

– Ven a ducharte conmigo– dijo con una sonrisa sexy mientras se contoneaba hasta el baño.
– ¿Estás segura? No prometo estarme quieta– dije moviendo mis cejas con diversión.

– No quiero que lo estés– añadió, provocándome.
– No se diga más entonces– pasé por su lado y le agarré con fuerza el culo.

Entré al baño antes que ella y abrí la llave del agua, poniéndola a una temperatura templadas. Coloqué el tapón de la bañera y dejé que se llenase solo hasta la mitad.

En un lado de la misma bañera había un pequeño espacio donde dejaba todos mis champús, geles, bolas de baño... Aparté todo y dejé ese trozo de losa completamente vacío. Becca no se perdió nada de mis paseos por el baño.

Me desnudé bajo su atenta mirada y me agaché dándole la espalda. Enseñándole cada parte de mí. Su jadeo no tardó en llegar. La miré por encima del hombro y vi que no perdía tiempo en quitarse la ropa.

Agarré la manguera de la ducha y ayudé a Becca a sentarse en la loza que había despejado previamente. Le eché agua.

– Eres mala– jadeó al sentir el contraste del agua contra su piel.
– Me lo dicen mucho– admití, todos mis ligues me lo decían en la cama.

La hice recostarse un poco en el sitio, me metí a la bañera y quedé de rodillas entre sus piernas, manteniéndolas abiertas para lo que tenía en mente. Sonreí con malicia sin apartar mi mirada de la suya.

Abrí la llave del agua de nuevo y moví la potencia de la alcachofa de la ducha. Haciendo que el agua saliese un poco más fuerte, un chorro directo. Mantuve sus piernas abiertas y apunté a su centro con el mismo.

Gimió. Sonreí. Fui jugando con la temperatura del agua hasta que sentí su respiración echa un caos y su cuerpo comenzaba a moverse con rapidez acompañándola. Mordí mi labio.

– Joder…– gimió.
– Y esto es solo el principio de una semana– advertí.
– Me va a encantar esta semana– claudicó con firmeza entre jadeos.

Apreté un poco mas el corro de agua, con ayuda de la mano que tenía libre le abrí un poco para dejar más expuesto su clítoris. Se contrajo cuando el agua impactó de lleno en su zona más sensible.

– Si no lo apartas de mí me voy a correr– lanzó un gritito y trató de cerrar las piernas. No se lo permití.
– Eso quiero que hagas, preciosa– ronroneé– quiero que te relajes porque luego vas a pedir que paremos, suplicarlo.
– Mierda– gimió, largo.
– Eso es, grita, no te contengas– alenté.

No necesitó nada más. Estalló en mil pedazos, removiéndose contra la loseta mientras seguía dándole placer con el agua. Trató de removerse de nuevo y cerrar las piernas, pero una vez más. No se lo permití.

– No puedo más, estoy muy sensible– se quejó entre temblores.
– Has sido una buena chica– dije al tiempo que cerraba la llave del agua.

Se derrumbó por completo contra la pared a su espalda. La dejé descansar por unos minutos, el agua ya se estaba enfriando pero tenía muchas más ideas de darnos placer en esa misma bañera, y en el sofá y en el pario trasero. Por todos los lugares imaginables de la casa.

Me corrí dos veces e hice que ella se corriese cuatro. Cuando terminé con ella la dejé acostarse por unas horas. Esa noche dormimos poco. Y lo mismo le sucedió a las siguientes.

El sexo, el placer imposible, el deseo oscuro, la pasión líquida y la dulce seducción jugaron ese papel tal importante de hacernos caer

en el pecado placentero que viviríamos una semana completa. Y sin duda lo volveríamos a repetir muchas más veces.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a varias personitas que han hecho posible esto. Principalmente, agradecer a esa parte de mi familia que siempre me ha apoyado y apostado por mí en todo momento.

Quiero hacer una mención especial a algunos de mis musos; Sendra (Sere), Rebeca, Miguel (mi pareja), Gonzalo y Adrián.

Todos ellos son amigos/amigas que he tenido el placer y la inmensa suerte de tener en mi vida,aunque con algunos hayamos tomado caminos separados, quería hacer algo con ellos, como con mis otros libros de relatos, los personajes existen y de ahí nació este libro de relatos.

No podía (@elireina._) por portada.
faltarme agradecer a Eli hacerme esta maravillosa

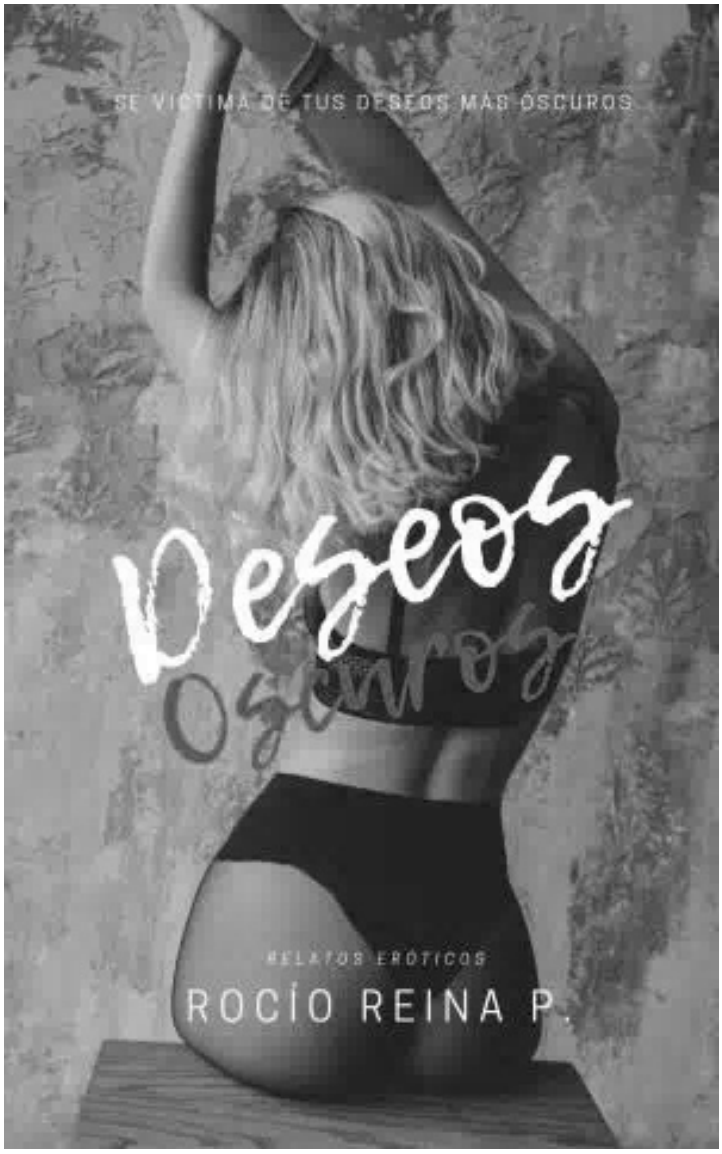
Este libro también tiene un fin, quiero dedicárselo a mi compañero de vida, el mes de Agosto hace tres años que se cruzó en mi vida para mejorarla con cada pequeña cosa y aunque ya se lo he dicho mil veces. Gracias por estar ahí para mi en cada momento que no veía la luz, gracias por ser ese rayito.

Ya por último, me gustaría agradecer a todo aquel que disfruta de la lectura, que disfruta leyéndome y que me apoya y manda mensajitos bonitos por las redes. Habéis sido mi motor también para seguir escribiendo como lo hago.

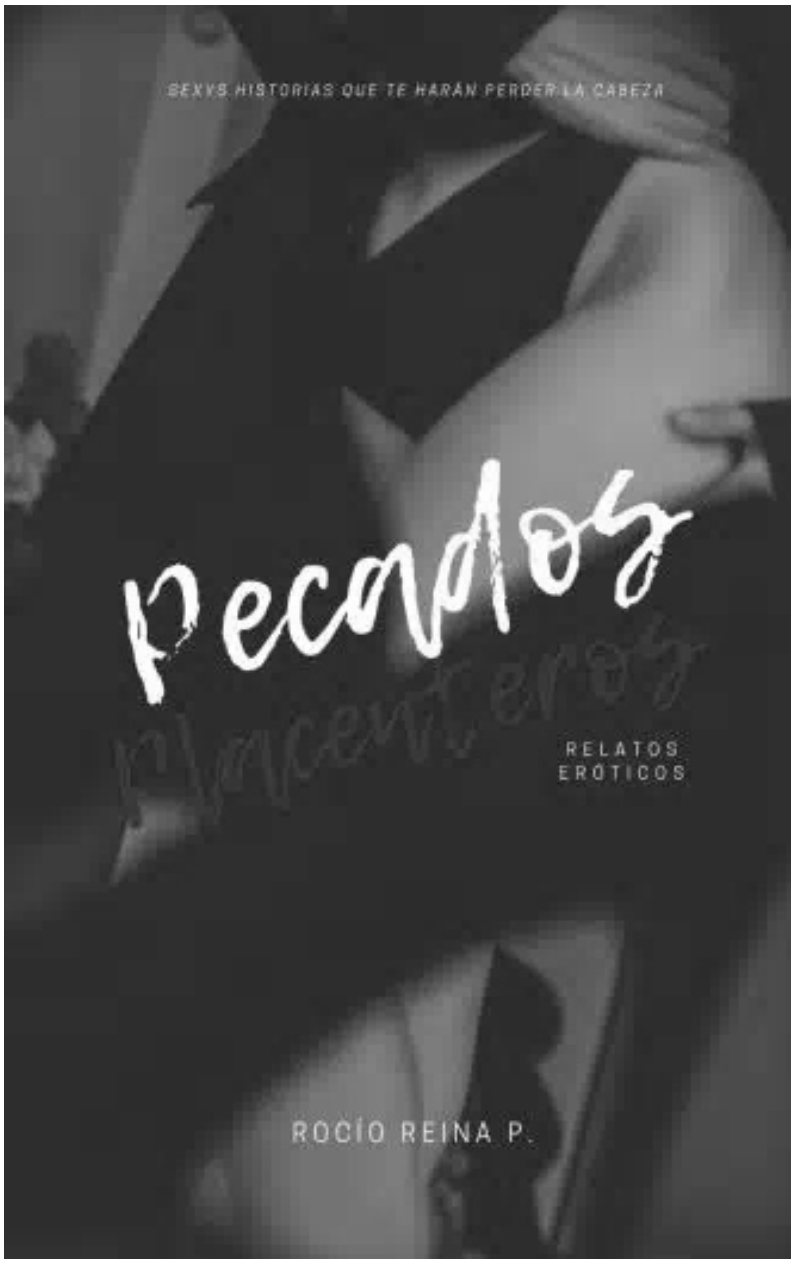
Me podéis encontrar en redes como @romanticoslibros o @rocioreinap_escritora, nos seguimos leyendo.

Tu opinión contribuye al aumento de la visibilidad de mi libro.
Si quieres ayudarme, puedes dejarla en Amazon o GoodReads.
Muchas gracias por tu tiempo.

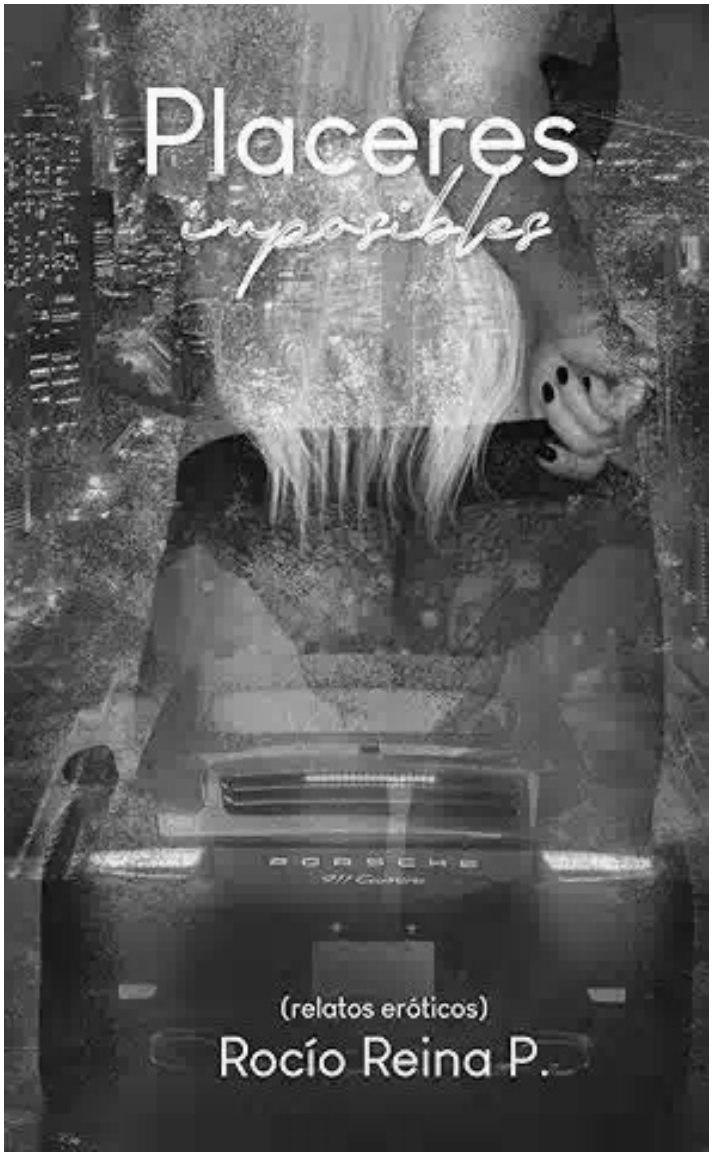
SI TE GUSTA ESTE, TE GUSTARÁ...



Como dijo Óscar Wilde; "Todo santo tiene un pasado y todo pecador tiene un futuro...", en esta antología podréis explorar vuestros deseos más oscuros y sucumbir a ellos.



Como el Marqués de Sade dijo, su opinión en lo que se refiere al placer es que hay que emplear todos los sentidos y en esta antología os invito a explorar vuestros sentidos más ocultos y que caigan en el pecado más placentero.



Una vez Oscar Wylde dijo que la mejor manera de liberarse de la tentación era caer en ella... En esta antología os dejo algunas de mis tentaciones.



Como dijo el marqués de sade "todo es bueno cuando es excesivo" en esta antología exploraréis vuestras pasiones más carnales.